**LA ABNEGACIÓN, UNA RIQUEZA DE NUESTRO PATRIMONIO Y ALTERNATIVA PARA NUESTRO TIEMPO**

1.- EN LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Una de las riquezas de nuestro patrimonio espiritual es la espiritualidad ignaciana, que consiste en el arte del descentramiento para hacerse cada vez más disponible a la acción de Dios. El mismo Ignacio, al final de su vida, se sentía “todo impedimento”, y decía que no podíamos imaginarnos lo que Dios podría hacer a través nuestro si no le pusiéramos obstáculos. Los Ejercicios, las Constituciones, muchas de sus cartas, ... no buscan otra cosa que desarmar el ego para que ese espacio sea ocupado sólo por Dios. La Autobiografía y el Diario dan testimonio de su lucha por lograr este vaciamiento.

Mientras el ego no está desalojado, tanto la acción como la oración pueden no ser más que diferentes formas de autojustificación. Sólo así se comprende esta sobriedad de Ignacio respecto a la importancia de la oración y su insistencia sobre la abnegación de la voluntad como requisito y condición para la misión. La intuición de Ignacio es que la oración, como la acción, en sí mismas, no son ninguna garantía, porque pueden convertirse en el espacio de las propias ensoñaciones y proyecciones, y donde puede eludirse toda confrontación con la propia realidad. Lo que para él estaba en juego era unificar todas las cosas en Dios. Para que se dé tal unificación –que es otro modo de hablar de la recapitulación de todo en Cristo (Ef 1,10) - es necesario el desalojo del ego, esa fortaleza o coágulo de la conciencia que deforma la mayoría de nuestras percepciones.

**A.- La abnegación como vaciamiento**

La idea de abnegación como vaciamiento está expresada claramente en la célebre sentencia de los Ejercicios: Cada uno tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interese (EE, 189,10). Este “salir de lo propio” indica que la vida espiritual se trata de un éxodo del propio yo y de lo “mío” hacia el Tú y lo “tuyo” de Dios, que al mismo.

Todo el arte de vivir radica en el paso de querer salvar, retener, proteger el propio yo, a “perderlo”, entregarlo, desprenderse, por Él. Esta renuncia es la que va convirtiendo a Jesús en el Cristo, es decir, en Aquél que cada vez más plenamente se va haciendo puro receptáculo capaz de acoger la efusión del Espíritu.

Vaciamiento y entrega que se realizan de una manera total en la cruz. Es decir, para ser receptáculo de la plenitud de Dios hay que estar vacío. La abnegación es el nombre de este vaciamiento.

Esta abnegación, esta renuncia a la propia voluntad, al propio psiquismo, no se opone a la autorrealización, sino a la egolatría. Porque lo que realmente “realiza” al hombre es el darse, es decir, su capacidad de descentrarse, de introducirse en el acto de donación que es la Creación misma, la donación que Dios nos hace, para que nosotros, a su vez, se la retornemos: Si el grano de trigo no muere, queda estéril; pero si muere, produce mucho fruto (Jn 12,24). Este dinamismo de la vida es lo contrario de la obsesión por la autoconservación y la autodefensa.

**B.- Abnegación y autorrealización**

El ser humano tiene una serie de necesidades que van acompañando su proceso de madurez tan importante es conseguir una cierta satisfacción en la escala de los diferentes deseos y necesidades vitales, como ser capaz de tolerar una cierta frustración que no colme del todo esos mismos deseos.

Colmar y saturar en cada momento y de un modo absoluto una necesidad implica quedar fusionado y confundido con ella, es decir, conduce a quedar atrapado y reducido

a ella, y con ello, detener el proceso de humanización. A esta detención la llamamos “idolatría”.

Podemos sugerir una correlación entre esta escala de “necesidades” y las tres tentaciones de Jesús en el desierto: el hambre y la tentación de convertir las piedras en pan (Lc 4,3) se corresponde con el impulso de saciar las necesidades fisiológicas y de seguridad material; el poder sobre los reinos que se le muestra (Lc 4,6) se correspondería con la necesidad de sentido de pertenencia y de autoestima; y la tentación de tirarse por el alero del templo (Lc 4,9) estaría relacionada con la necesidad de autorrealización.

La tentación no consiste en sentir hambre, o en la necesidad de sentirse seguro o de recibir aprecio, sino en vivir estas necesidades de una forma compulsiva y en buscar indiscriminadamente la forma de saciarlas. Aquí es donde la abnegación se hace indispensable, si queremos crecer como humanos. Y aquí es donde nuestra cultura manifiesta su debilidad, debido a nuestra incapacidad de espaciar la satisfacción de nuestros deseos. Tal es la trampa de nuestra sociedad de consumo: las necesidades fisiológicas se ven de tal modo inmediatamente saciadas, que ello afecta al modo con que las demás necesidades también buscan ser ávidamente colmadas.

De aquí que también se dé una correlación entre consumismo e increencia, es decir, entre la falta de abnegación en nuestra sociedad de la sobreabundancia y la desaparición de Dios en el horizonte de lo cotidiano: al no detener la compulsividad del deseo, sino entretenerla y exacerbarla -en lugar de canalizarla y transformarla-, su dinamismo queda

bloqueado, encerrando al yo más primario en su propia avidez. El horizonte de Dios desaparece porque el dinamismo para acceder a él está barrado. Sólo la abnegación de nuestros deseos es lo que permite abrir un espacio a la Trascendencia. Ello tiene consecuencias también en el orden de la fraternidad y de la solidaridad, porque esta falta

de espacio para lo “Otro” de Dios tiene su correlativo en la falta de espacio para los “otros” y viceversa.

**C.- Abnegación y solidaridad**

Lo repetimos: sin abnegación desaparece tanto el horizonte de Dios como el de la fraternidad. Paradójicamente, la pobreza capacita más para la solidaridad que la riqueza,

porque educa el deseo, porque en los pobres hay un vacío, una abertura, una capacidad para acoger que no existe en el psiquismo saturado que produce la riqueza. Tal es la disyuntiva de Dos Banderas, es decir, de esos dos modos contrapuestos de existir: el camino de la pobreza conduce a la humildad – es decir, a la apertura-, y de allí a todas las demás virtudes (EE, 146), mientras que el camino de la riqueza conduce al orgullo – es decir, el autoencerramiento -, y de allí a todos los demás vicios (EE, 142) (12).

la abnegación es la disposición interior que permite sentir los efectos fecundos de tal pobreza, permitiendo abrir así los poros de la fraternidad.

Así, pues, la abnegación que estamos tratando de presentar es la que evita ese debilitamiento, esa erosión y esa ruina que produce la saturación de las cosas.

Una abnegación que no crispa, sino que libera y despoja, y nos hace amigos de los pobres, y la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno (17). Un Rey que no es otro que el Dios despojado, esto es, Dios (ab)negado, Dios vaciado de su misma categoría de Dios (Fil 2,7), hecho uno de tantos, que ha alcanzado el punto más extremo de la solidaridad, y por ello, el más universal. De ahí que el Dios despojado, el Dios (ab)negado, es el que habita en todos: Lo que hicisteis – o no hicisteis - con uno de estos hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis – o lo dejasteis de hacer - (Mt 25,40.45).

Es decir, la abnegación de un mismo es lo que permite identificarse con el otro y descubrir al Otro en el otro. Cuanto mayor es el olvido de sí, mayor es la participación en la vida de los otros y del Todo, y ello es precisamente lo que va expandiendo y haciendo más universal nuestro ser. Sin abnegación conservamos el yo, pero quedamos agarrotados en él, nos condenamos a vivir en una pequeña parcela acorralada por nuestros propios deseos y temores compulsivos.

**D.- Abnegación y oración**

- Maestro, ¿por qué ya no hay personas que vean a Dios como en otros tiempos?

- Porque ya no hay gente capaz de humillarse tanto (18).

Estamos de acuerdo en el peligro que tiene la oración de convertirse en el ámbito de las propias ensoñaciones. Pero este peligro también lo tiene la acción. Por ello hemos tratado de mostrar que la cuestión no está en sospechar de la oración o la acción por sí mismas, sino en el modo en que se realizan. Cuanto más es desalojado el ego, esto es, la

absolutez del propio punto de referencia, más se puede participar del punto de vista de Dios. Y aquí es donde nos parece importante una reconsideración de las palabras iniciales de Ignacio. Porque hoy ya no estamos tentados de exceso de oración, sino de exceso de activismo. ¿Cómo podemos abnegar nuestra acción? Pues, tal vez, precisamente a través de nuestra oración. Entendida ésta no como un refugio de la acción, sino como una detención, como un espacio de gratuidad donde reajustar el propio punto de vista en el punto de vista de Dios. Orar supone detenerse, abrirse, “recibirse” de Alguien que no es una misma, sino de aquella Fuente de la que una y todo procede, para finalmente ofrecerse.

Ser capaces de reservar un espacio diario para que acontezca tal “desalojo” es uno de los retos que tenemos si queremos ser testigos de Alguien más que no seamos nosotras mismas. Dicho de otro modo, la calidad de nuestra vida depende de la cualidad de ese desalojo en nuestra oración, así como la calidad de nuestra oración depende de la cualidad con que nos desalojemos en nuestra vida ordinaria. Y ello porque en ambos ámbitos se trata de lo mismo: de descentrarse, de vaciar el ego y convertir el yo en un receptáculo cada vez más disponible para que Dios pueda irrumpir y manifestarse a través nuestro.

Nos cuesta el discernimiento comunitario porque nos cuesta la abnegación, es decir, nos cuesta renunciar a nuestros puntos de vista y no imponerlos a los demás. Nos es más fácil ponernos a programar o a discutir que a silenciarnos y disponernos a escucharle y a escucharnos. El mismo acto de escucha con el que nos disponemos ante Dios es el que nos dispone a escuchar a los demás. Todo está en la capacidad que tengamos de abstenernos de nuestras propias ideas, convicciones, certezas, y dejemos que sea Dios quien se exprese. Este vaciamiento, esta aparente negación, es lo que posibilita la irrupción de la novedad del Espíritu.

**C.- Abnegación y Plenitud**

Recapitulando, la abnegación es lo que posibilita el descentramiento, el éxodo, el éxtasis desde el pequeño ser que somos hacia el Ser que estamos llamados a ser. Esta participación en el Ser de Dios es, al mismo tiempo, participación y solicitud por el ser de los demás (solidaridad) y participación y sensibilidad por el ser del mundo (ecología). Es decir, cultivando la abnegación vamos pasando de vivir encerradas y crispadas en la defensa de nuestro pequeño mundo a abrirnos a las tierras de todos, que son las tierras de Dios, las tierras de plenitud.

Hemos tratado de hacer caer en la cuenta de la importancia de liberar el yo y de educar sus deseos para que, en lugar de ser impedimentos, se conviertan en dinamismos que ayuden a alcanzar esa “unión intensa” con Dios y entre nosotras. Se trata de ir posibilitando aquella capacidad contemplativa que es propuesta como ideal de la espiritualidad ignaciana: Buscar en todas las cosas a Dios nuestro Señor (...), a Él en todas las cosas amando y a todas en Él, conforme a la su santísima y divina voluntad, voluntad que no es otra que la que Dios llegue a ser “todo en todos”.

2.- EN LA VIDA DE LA HNA JUANITA.

Todo lo que se ha expuesto más arriba puede parecernos algo teórico, alejado de la realidad o difícil de ir haciendo vida. Pero En nuestra Congregación tenemos una hermana que supo entender esta dinámica de la abnegación desde muy joven. Juanita captó desde el principio que justamente la identificación con Cristo Crucificado era el camino más corto, derecho y veraz para llegar a menguar las fuerzas del egoísmo en su vida de manera que Dios fuera el Dueño y Señor de su persona entera.

Ciertamente que ella tuvo que luchar duramente toda su vida en esa tarea, pero sabía dónde tenía que centrar su esfuerzo, tuvo la lucidez suficiente para no engañarse y tomar otros atajos que podían perderla.

Su vida, su testimonio y su experiencia es para todas nosotras una muestra de que es posible, de que se puede de que la abnegación termina siendo un medio para limpiar nuestra tierra de las impurezas del yo, que siempre viene a enredarnos con su propio querer e interés.

Hemos de mirar y aprovechar esta riqueza que el Señor ha puesto en nuestra Congregación de manera que nos vayamos centrando en lo esencial. En lo que realmente cuenta. Juanita no hizo grandes cosas, ni grandes actividades, su tarea fue fundamentalmente con ella misma, una tarea interior, sin embargo algo nos dice que lo suyo era auténtico, algo nos dice que es de mucho valor, por más que se vea poco. Con frecuencia nuestros esfuerzos van más destinados a tareas que se ven, muchas energías depositamos en trabajos mirando más lo que hacemos que lo que irradiamos.

El momento actual es una invitación insistente a cada una de nosotras a cuestionarnos sobre nuestra capacidad de vivir más abiertas, más vacías, más pequeñas, más abajo, más abnegadas.

3.- CUESTIONARIO PARA REFLEXIONAR Y COMPARTIR

1.- ¿Qué es para ti, desde tu experiencia la abnegación?

2.- ¿Qué te llama la atención del texto de reflexión?

3.- Toma el libro que se te ha entregado de los escritos de la H. Juanita. En la portada hay una frase suya, ¿qué te dice en este momento de tu vida?

4.- Abre el libro por cualquier página y lee lo que te ha salido. ¿Qué te gustaría compartir de lo que encuentras ahí?

5.- Juanita sabía el camino. Lee en la página 170 lo que escribió el día 13-12-85. Escribe también tu propia oración a la luz de la suya.